DIARIO DE UNA LITERATURA ESCONDIDA

Norberto Ruiz Lima

Image not found.

Capítulo 1

DIARIOS DE UNA LITERATURA ESCONDIDA

18 de enero de 1964

Nacer un día de enero y en la Otra Banda de la Argónida no tiene ninguna particularidad. Es un hecho cierto que el único suceso de nuestra vida sobre el que no hemos mediado, con voluntad o sin ella, es nuestro nacimiento.

Nací un 18 de enero de 1964 en la Otra Banda de la Argónida porque así lo decidió la insondable providencia, porque así me lo contaron y porque así aparece en el Registro Civil de Sanlúcar.

Un muchacha rubia, que cree que la vida está forjada con la espada de los dioses nibelungos que evocan la fiereza como norma de vida, con la escasez que llena de miedos el futuro incierto, con la justicia que solo iguala a hombres y a dioses en la riqueza y con dos o tres pesadillas que la persiguen siempre con carnívora insistencia desde la niñez, lleva postrada en una cama más de seis meses. Por prescripción médica.

La rubia mujer nibelunga ha tenido cuatro abortos de varones y no quiere que este último se le malogre; así que va a guardar reposo durante los meses que le quedan de embarazo. Con las hembras no ha necesitado ese prolongado letargo. Ese es el motivo de que mi casa fuera una casa de mujeres. No necesito jalar de los cabos de la experiencia para saber que un mundo hecho a la medida de la mujer sería un mundo menos violento, con otras hechuras, más aupado por las raíces de la vida que por las glorias de la muerte.

Pero sí, mi casa era una casa de mujeres. La rubia nibelunga no se sorprendió cuando adelanté mi destino y aparecí más muerto que vivo por entre las sábanas y, aunque no tenemos conciencia de nuestro nacimiento, solemos venir al engaño de este mundo bendiciendo nuestros días. Yo no engañé a nadie porque, en vez de alegrarse por mi nacimiento, todos lloraron de tristeza. Con setecientos cincuenta gramos de peso la matrona me puso en la mano de mi abuela Magdalena, y cuentan que le sobraba mano.

He de decir que no fui consciente de cuánto pasaba. Nadie recuerda nada de su nacimiento. Vine un poco maltrecho, sobre todo en lo que atañía a ingles y otras partes anejas; y la rubia nibelunga lloró por mí, porque pensó que ese dios bárbaro nórdico de la guerra me había condenado a la

muerte, o a la vida en la desolación.

La rubia nibelunga lloró porque ni los dioses bárbaros, ni el Dios de las arenas que es inconmensurable, ni el Dios que entrega el libre albedrío, que creyeron que a mí no me sería concedido para consumar el pecado de la carne, parecía que habían hecho nada por mí.

Yo nací en casa de mi bisabuelo, como se nacía antes. Era una casa de marinos mercantes, donde las olas entraban con cada desembarco y donde, en la azotea, amarrados al trinquete las noches de viento escuchábamos mil y una historias sin final, porque como las arenas del desierto el mar es infinito.

Fui vikingo y bárbaro habitante del frío y del terror en Goteborg, fui griego dibujado en un pañuelo que me trajo mi padre de Creta donde el Minotauro, fruto del pecado, purga su pena, al igual que todos pensaron que yo purgaría la mía; fui romano asaeteado en esa columna de Trajano que mi tío compró en Civitavechia; luché contra los persas y luego fui persa y mi historia se contaba en una alfombra que trajo mi padre de la tierra del Sha; llegué a la India y guardo un pañuelo de seda, lleno de elefantes y Rajás que me regaló un soldado en una tierra hospitalaria y dolorida; volví a nacer en China, esta vez sano y alegre mientras recordaba la historia que contaba mi abuela de un niño que había nacido con 700 gramos de peso, fue sometido a cuatro operaciones antes de cumplir los cuarenta días, y que vivió entre botellas de agua templada envueltas en toallas muchos meses; y para que no lo olvidara se le condenó quince años a andar con bragueros que llevaba como un escondido estigma y que ataban su cuerpo para que las vísceras y las ingles no se le descolocaran.

Mi madre pensó que me estaría vedado el placer de la carne. Esos médicos que asustan tanto. De todos los dioses, la rubia nibelunga eligió al Dios de la humildad y la bondad para rezar, al Dios que sólo abre las puertas del Cielo a los pobres, aunque deje entrar en la Tierra a los ricos y poderosos en sus templos; eligió al Dios del perdón; y escogió, de entre todos, a Fray Escoba, para que abogara en mi defensa. Por eso, mi segundo nombre es Martín. Como San Martín de Porres.

Fray Escoba hizo su trabajo, la rubia nibelunga pidió, mientras metía bajo mi almohada escrito con su mano el poema Ítaca de Kavafis, que mi *camino fuera largo y que numerosas fueran las mañanas de verano en que con placer arribara a bahías nunca vistas*; y Fray Escoba se lo concedió y el Dios que entrega el libre albedrío decidió que yo pudiera beber de todos los placeres, o de ninguno, según mi conciencia.

Hasta el día de hoy los tres han hecho su trabajo, la rubia nibelunga, Fray Escoba y ese Dios infinito, creador de todo lo visible y lo invisible. Menos

yo, hasta el día de hoy, los tres cumplieron su palabra.

Pronto volveré a hablar de otro de mis días.

Capítulo 2

2 de septiembre de 1967

Yo nací calado por el río, porque la casa de mi bisabuelo estaba por debajo del nivel del mar y los días de lluvia no se podía salir por la puerta de la calle del Teatro más que pertrechado para la guerra con el agua y con el barro; aunque no tiene nada de particular porque todo aquel que nace en la Otra Banda de la Argónida lo hace viviendo en los latidos de las mareas y en los reflujos del río, olvidándose rápido de la tierra y aprendiendo a sumergirse en sabores salados.

Los sabores y los olores son quienes conducen con menos dudas a la nostalgia, no pueden engañarnos como ellos el resto de los sentidos. Llegan rápido, como la mar, al corazón.

Para mí, el olor a muelle y el sabor a sal son los ropajes con los que me ataca más la nostalgia, ni la evocación del tacto de una piel desnuda, ni la memoria de la visión de infinitos desiertos de arena o mar, o el recuerdo de una voz hacen que se me deshaga el espíritu como cuando me atacan sabores y olores que nos cercan tanto como para que confundamos realidad y deseo.

El 2 de septiembre de 1967, salí de la calle del Teatro de la mano de mi madre y mi abuela con dirección a la cuesta de San Diego. Por primera vez, iba a ir a un colegio. Uno no es consciente de la importancia de ese día; sobre todo porque nadie te cuenta que te van a entregar nada más y nada menos que el arma más grande jamás creada, la palabra viva en la escritura y en la lectura, y ese día y con esa mano no somos conscientes de que con ese primer paso, como escribe Juan Ramón Jiménez, *partimos de Dios en busca de Dios sin saber qué buscamos.*

Capítulo 3

3 de septiembre de 1969

Así era, mi primera etapa en el colegio Divina Pastora había llegado a su fin.

Nadie preguntó mi opinión, supongo que no sería importante. Ese primer tiempo que ahora es eterno, duró sólo dos años, y yo, ¡cómo callar!: ojalá aquel que inventó los puentes del tiempo se hubiera dedicado a otras ciencias más provechosas; y me hubiese abandonado a mí con mi tambor de hojalata y mi uniforme en el colegio Divina Pastora, cuyos columpios recuerdo como si ahora yo estuviera todavía allí, y la sonrisa clara de la madre Ramona como si el mundo estuviera tan limpio como el primer día.

Así era en un principio, cuando el tiempo no existía y estaba en manos del sol y de la luna que dividían las noches y los días sin ningún rencor, no como ahora, que nos persiguen las agujas de estos apócrifos relojes que hemos inventado. Dolido el sol por su desamparo moderno.

Pero no, cuando yo sólo manejaba las cinco vocales, el sistema decimal que no abarcaba más que los dedos de mis manos, y lo único que había conseguido recitar de memoria era el *Ave María*, me enviaron al colegio del Laboral.

El Laboral estaba junto a la iglesia del Carmen, tenía un gran patio rodeado por altos muros y, en su centro, una enorme y serena araucaria, para los niños turbia por su grandeza, protegida de cualquier viento y casi de la lluvia reinaba sobre todas nuestras carreras y angustias.

Menos mal que ese día, con más conciencia de dónde iba que el día que me dirigía al colegio Divina Pastora, salí de la casa de la calle del Teatro de la mano de mi madre y de mi abuela.

Yo, silencioso. Ellas hablándome del futuro y de lo importante de seguir formándome para poder enfrentarme a la vida. Cuando mi última intención, yo que había nacido con 700 gramos de peso, como un astro marchitado, era enfrentarme a nada o a nadie. No me importaba que la fuerza de los atreidas y de los más maravillosos hexámetros escritos nunca, siguieran deformando la risa de los niños para convertirlos en hombres serios vestidos con cascos de guerra. Yo, que al final, he vestido casco de guerra. Ea, ea, ea, sueña mi niño con ir a la guerra.

Quedarse sólo a la puerta de un nuevo colegio, sin que la madre Ramona estuviera esperando y con el único bagaje de saber las cinco vocales,

contar diez con los dedos y recitar el Ave María, es algo así como estar colgado en el vacío, como ser un desterrado en la isla de Lesbos, o un navegante solitario que espera una tempestad que aún no se ve.

Ese día empecé primero de la enseñanza general básica en el Laboral, y mi primer profesor, don Ernesto, vestido con traje oscuro, enjuto, viejo como la prehistoria y con algún diente perdido, esperaba nuestra entrada desde la tarima.

Cuando empezó a dar la primera clase de Lengua Española, caí en la cuenta de que tenía que hacer lo posible para que nadie se percatara de mis carencias lingüísticas y matemáticas: las cinco vocales y contar hasta diez con los dedos.

Sin haberlo conocido todavía, durante mi primer día en el Laboral, con cinco años, tejí en mi mente, como un soberbio caído, los versos de Robert Frost:

Es muy poco probable
que siga mucho tiempo sin notarse
que no voy a la altura
de la carrera de los hombres

En ello estoy todavía cuando la vida ha corrido de sobra por mis manos. He aprendido que mucho de lo que sabemos *son cuentos tristes que nos cuentan.*

Más adelante hablaré de otro de mis días.

Capítulo 4

03/05/2016

Acabo de llegar de viaje. Son las 23:52. Antes de dormir, voy a leer un poco. Esta semana me toca la exposición *Borges Infinito* y un paseo por la Feria del libro antiguo y de ocasión. Por la primera página, abro la lectura, que he sacado esta semana de la biblioteca y que me recomienda un viejo coronel, y me encuentro con esto:

"Y yo pregunto a los economistas políticos, a los moralistas, si han calculado el número de individuos que es necesario condenar a la miseria, al trabajo desproporcionado, a la desmoralización, a la infancia, a la ignorancia crapulosa, a la desgracia invencible, a la penuria absoluta, para producir un rico." Y va firmado por una tal Almeida Garret.

Me ha dejado esta primera página *alzado del suelo* y echando de menos mis años de comandante. Lo malo es que anduve por Cuba, Yugoslavia, la Alemania del Este, Rusia, Venezuela y la inconmensurable China y...

Al final, creo que debimos hacerle más caso al que predicaba amor y pobreza y una revolución con la violencia de los besos y el perdón, y que terminaron crucificando en Galilea.

Maldito diario, que no se le ocurre otra cosa que ponerse a dar saltos en el tiempo. Mañana volveré a hablar de otro de mis días.

Capítulo 5

10/02/2005

Cuando yo andaba, después de más de veinte años, asfixiado por la escritura de una novela que se me enredó entre los dedos sin que hubiera más solución que el tajo alejandrino, recibí una llamada de mi hermana, delatándome el hallazgo de unos documentos que borraban de un plumazo toda la historia que mi familia escribió sobre mi abuelo.

Fechados, ambos oficios, uno el 21 de marzo de 1939 y otro el 2 de octubre de 1939, y en los que Orden Público y gobernación andaban buscando no sé qué pruebas contra él, seguramente, para fusilarlo. Año 1939. Algún día los sacaré a la luz en este diario.

Tengo que decir que me sorprendió cuanto allí se decía. Os dejo un par de retazos:

"En la relación de afiliación al partido de Izquierda Republicana figura Antonio Lima Bustamante con el número 17 de sus socios y 6 de orden y Antonio Lima Utrera, hijo del anterior..., y que el 18 de julio de 1936, un Antonio Lima sin segundo apellido, con el cargo de vicepresidente, no pudiéndose precisar cuál de los dos era pero puede que fuera el padre...,"

"...que se dedicaba a la propaganda de su política (la de la masonería), ensalzando la figura del Presidente Azaña de quien era entusiasta. Que también se asegura que llegó a ejercer coacción sobre el personal a sus órdenes pero no existen pruebas concretas de ello"

Por motivos del azar y de los caminos, elegidos o descartados, por donde transité, conocí a mucha más gente cuyos abuelos o bisabuelos fueron asesinados por las sacas o las checas proletarias que aquellos que fueron asesinados por los del bando nacional. En Literatura y, sobre todo en novela, no es cuestión de buscar la equidistancia, ni de recuperar la memoria, desatando el olvido, ni siquiera es su razón la búsqueda de la verdad.

Cuando se hace literatura, se debe atender exclusivamente al arte. Hoy, 10 de febrero de 2005, cuando me acabo de enfrentar a un pasado que desconocía, recuerdo las palabras de Juan Goytisolo acerca de los escritores que andaban enfrentándose a la dictadura: "Intentamos hacer literatura social y no hicimos ni lo uno ni lo otro". No se puede definir mejor. Un autor que piensa en sus potenciales lectores y en su mensaje

ejerce sobre sí mismo una autocensura demasiado peligrosa.

Al final, resultó que ese tipo, mi turbulento abuelo, José Antonio Lima, factor de trenes a quien no traté nunca, tenía para más de un libro. Cuando empiece a escribir su segunda vida, sé que me volverá a pasar lo mismo, la Literatura se desembarazará de lo que yo quiera contar y empezaré a inventar mi propia historia. Siempre me ocurre.

En *La Máquina del Mundo*, escrita cuando no conocía la existencia de ese pasado, lo pinté como un hombre frío y calculador, mano derecha del padre de su mujer, Pascual Pareja, mi bisabuelo, práctico de la Barra del Guadalquivir y antiguo cazador de corsarios desde el Mar del Plata hasta Maracaibo. Buceen ustedes en su pasado y también verán, entre los suyos, hombres con más de un corazón y un rostro.

José Antonio Lima recordó, cuando se retorcía al borde de la muerte en unos urinarios públicos de Cádiz, de entre todos los momentos que poblaron su vida, el día en que su suegro, el capitán Pascual Pareja, lo abrazó y le dijo: "La venganza es el abandono de la violencia en una cuesta abajo sin retorno". "Don Pascual", le contestó José Antonio Lima, "después de todo lo que hemos pasado, ¿por qué no vamos a tener nosotros nuestra propia justicia?

José Antonio Lima miró a los ojos al capitán y no consiguió adivinar si pensaba elegir el camino hacia ninguna parte y terminar bebiendo el agua de las desproporciones o intentaría calmar las aguas turbulentas que llegaban a Las Piletas llenas de una violencia que, por primera vez, no fue a buscar.

Gracias por leer hasta aquí, pronto volveré a hablar de otro de mis días.

Capítulo 6

27 de mayo 1969

Desde pequeño he soñado con hormigas. Es en la vigilia donde creemos que vivimos la realidad; pero para mí, la realidad de los sueños eran las hormigas, y en la noche eran la realidad del horror.

Poco antes de comenzar el verano, *La Calzada* se llenaba de hormigas; vivían en grandes agujeros con forma volcánica y en un infinito recuento de soldados defendían sus retorcidos laberintos subterráneos con tácticas defensivas prehistóricas que por su perfección nunca necesitaron evolucionar.

Mi primer contacto con animales fue con hormigas, hubiera preferido un tigre pero en La Calzada y en los navazos del Cabo Noval nunca fueron tiempos de acariciar animales dormidos. Después, por motivos familiares, he andado rodeado de perros, gatos y pájaros la mayoría de los cuales llegaron a casa porque, de mano de dueños desalmados, fueron abandonados, maltratados o habían caído enfermos.

Le debo mi primer contacto con animales y mi primera pesadilla a las hormigas. Los tollos, los navazos y la marisma seca no eran lugares para contemplaciones. No era difícil ver una rana muerta, un pajarillo putrefacto, una serpiente deslomada, una rata de agua con la barriga abierta o una cigarra que no superó el invierno recubiertos de hormigas: las poderosas hormigas. Cuando las veías sobre tu cuerpo ya era tarde.

Yo soñaba con hormigas por las dos puertas divinas que canta la Eneida, la de marfil y la de cuerno; y sabía que si al abrir los ojos las hormigas te estaban rodeando por todos lados la única defensa era el agua, aunque mi madre me metía el miedo en la sangre, hablándome de los tollos; porque. como todo el mundo sabe, las arenas de los tollos eran movedizas y te tragaban para siempre. Aunque, cuando yo lo probé tirando al tollo que había junto a mi casa un ratón y un gato, ambos salieron nadando y sin una pizca de frenada en su salida. "Eso es porque pesan poco y son pequeños y sus patas apenas tocan las arenas del fondo. Tú jamás te acerques a un tollo las arenas te tragarán".

Nunca se lo dije a mi madre; pero si alguna vez me llegan a rodear las hormigas, me hubiera tirado al tollo. La muerte ahogado en un tollo no puede ser comparable a la sufrida por mordeduras de hormigas. Mi madre nunca supo de mi intención. Tampoco sabía que yo había decidido obviar la maldición que planeaba sobre los navazos, como

si de una montaña mágica del África se tratara.

Mi madre pronto se dio cuenta de que yo andaba más cerca del asilvestramiento que de la civilización. Abrió los ojos cuando una amiga con la que pasaba muchas horas de playa mientras los niños nos dedicábamos al marisqueo, le dio a leer a Gerald Durrell. Se le iluminó la conciencia y pensó que había que cambiar de casa:

Mamá dictaminó que yo estaba en estado salvaje y que era necesario procurarme alguna instrucción. Pero cómo encontrar semejante cosa en una remota isla griega? Como era habitual cada vez que surgía un problema la familia en pleno se lanzó con entusiasmo a la tarea de resolverlo.
-Tiempo tendrá de estudiar -dijo Leslie-. al fin y al cabo sabe leer, ¿no? Yo le enseño a disparar y si comprásemos un bote le enseño también navegación.
-Pero, querido, eso no le sería lo que se dice muy útil el día de mañana -señaló mamá, añadiendo vagamente-, a menos que ingresara en la marina mercante o algo así.
-Yo creo que es esencial que aprenda a bailar -dijo Margo-, si no quiere ser uno de esos horribles zangolotinos pavisosos.
-Sí querida, pero ese tipo de cosas más adelante. De momento lo que le hace falta es una mínima instrucción en matemáticas y francés....sin olvidar que su ortografía es aterradora.
-¡Literatura! -dijo Larry con convicción-: eso es lo que necesita, una sólida base literaria. Lo demás lo irá adquiriendo de paso...

Pero, para mí lo mejor, era seguir a Gerry, un niño de diez años, en su estudio de la fauna de la isla de Corfú y la envidia que me dio el que él aprendiera griego tan fácilmente y yo no. Si alguna vez me hago con un mochuelo lo llamaré Ulises, si es gaviota Alecko y si es una salamanquesa Gerónimo... me traen esos nombres tan buenos recuerdos.

En aquellos tollos estaba el país de Nuncajamás.

Capítulo 7

7 de septiembre de 1971

Como buen hijo de marino mercante que navegó de Göteborg a Rotterdam y, más tarde, a Estambul; yo, sin haber salido de La Argónida, cambié tres veces de colegio en menos de cuatro años. Primero, el colegio Divina Pastora; luego, el Laboral y; al año siguiente, con siete años, arribé, después de un intento frustado de ingresar en los Maristas, en el colegio El Picacho.

El colegio El picacho era un colegio de huérfanos de marineros perteneciente al Instituto Social de la Marina; a él iban a parar los niños a cuyos padres se los había comido la mar o la vida, vestidos de marineros. Era una gran nación en miniatura formada tan sólo por los habitantes más pequeños de la costa que tenían cuentas pendientes con la mar. Uno entraba con seis años en el colegio y salía casi en el infinito si decidía estudiar la Formación Profesional de Marítimo-Pesquera.

Yo le debo demasiado a El Picacho: unos buenos amigos que hablaban en idiomas extraños que yo desconocía; la compañía de esos escritores que habitaban las clases de Literatura de don Ramón Asquerino, el gran don Ramón; una biblioteca para niños y para hombres que distraídamente dejaba perder en nuestras desordenadas manos páginas a veces incomprensibles; muchas horas de fútbol con don Robustiano; incontables viajes en aviones imposibles a todas las capitales del mundo en una rueda de preguntas y respuestas, lejos del aula, con don Alejandro, y la eterna pesadumbre de unos niños cuya única esperanza era volver a casa pasados unos meses a recibir un beso de su madre cada noche, que para los internos las noches de invierno eran muy largas. En El Picacho, con el verano, llegaba Dios vestido de mujer.

Con los hermanos Garea que eran de La Coruña escuché por primera vez a Rosalía; Freire era de Villagarcía; los hermanos Koldo, grandes y buenos, eran vascos, de Ondárroa, como Olondo que había perdido un ojo de una pedrada. Siempre deseé que le fuera muy bien en la vida y que siguiera viendo con un solo ojo más que el resto de los niños que teníamos dos. Un internado no es buen lugar para andar con un ojo de cristal.

Uzkola era de Lekeitio y con el padre Vitorino, cura y leonés, tuvo una discusión una mañana lluviosa, que fue la mayor lección de libertad que he recibido en mi vida y que todavía recuerdo.

Recién llegados del verano de 1976, el padre Vitorino nos mandó hacer un trabajo sobre la tierra de la que cada uno de nosotros procedía. Corría el

año 1976; no, no corría, se arrastraba.

Uzkola que a la par de tener once años, era vasco y valiente, entregó un mural que colgó en la pared de la clase y en la que aparecían fotos de terroristas de ETA disparando en un oscuro bosque vascongado; mientras que subtitulaba cada foto hablando de libertad e independencia.

El padre Vitorino nada más ver la cartulina verde sobre la pared, le dijo a Uzkola, que "la libertad hay que ganársela sin la violencia sobre los inocentes. No se puede matar a nadie porque piense diferente a ti. Que tan lícita es, Uzkola, tu forma de pensar como la contraria, siempre que no sea amparada por el crimen. Sin ese camino de convivencia tendremos todo perdido. Debes saber que las víctimas vencerán, las víctimas siempre han vencido".

Después de casi mil asesinados, creo que el padre Vitorino tenía razón, y también creo que había leído a Tocqueville:

Por mi parte, me inclinaría a creer que la libertad es menos necesaria en las grandes cosas que en las pequeñas, sin pensar que se puede asegurar la una sin poseer la otra.

Me figuro que yo habría amado la libertad en todos los tiempos, pero en los que nos hallamos me inclino adorarla.

En El Picacho en el año 1976, escuchamos a Jarcha cantar su *libertad sin ira,* luego llegaron Mocedades y todos los cantautores del momento que andaban lanzando palabras a la Transición. Tuvimos esa suerte; nunca supe por mediación de quién llegaban a El Picacho esa gente que estaba escribiendo con versos la Historia del momento. Nosotros la vivimos.

Los grandes colegios son grandes por sus profesores y sus invitados, poco cuentan los alumnos; y el colegio El Picacho en aquellos tiempos fue grande.

Me hubiera gustado nombrar a todos los profesores, y a muchos buenos amigos que llevaré siempre conmigo. También me hubiera gustado llamar, en este Diario Escondido, a los malditos por su nombre que, disfrazados de niños, hacían la vida imposible a otros niños. Espero que hayan cambiado.

Capítulo 8

28 diciembre de 1974

De todos los lugares mágicos que he conocido, el más mágico de ellos era la azotea de la casa de mi abuela.

Esa casa fue construida por mi bisabuelo, Pascual Pareja, práctico mayor de la barra del río por la Gracia de Dios; y allí continuaron viviendo, después de su muerte, varios de sus hijos con sus familias. Hasta tres generaciones.

Las genealogías escogen como origen a esa persona fácilmente identificable del árbol familiar cuya influencia permanece ofreciendo cualquier tipo de amparo o malquerencia, que de las dos destila, por los poros familiares; supurando su honor o su indecencia hacia los descendientes con su mueca vital; hasta que unas generaciones después ese ilustre personaje se diluye en el cruce sanguíneo que se desata del apellido con ayuda del tiempo y de la herrumbre.

Ese hombre de cuatro generaciones atrás, que no se sabe de dónde vino, pero que apareció en la Argónida como por encanto para hacerse con la barra del río y con los amores de mi bisabuela era Pascual Pareja. Él construyó la casa de la calle del Teatro.

De todos los lugares mágicos de mi vida, el más mágico era la azotea de la casa de la calle del Teatro. Se accedía a ella por medio de una escalera de madera, que el tiempo se encargó de carcomer. La escalera la vi pintada de verde, de amarillo y de
gris y daba acceso directamente a un cuarto muy oscuro lleno de mágicas y fatales herramientas que en buenas manos eran capaces de moldear la madera o el hierro con formas fantásticas.

Saliendo de ese cuarto se daba a un pequeño patio lleno de luz y de cal cuyos reflejos cerraban las retinas al primer encuentro. En ese patio había tres grandes tinajas rebosantes de agua, que mi tío abuelo Antonio Pareja llenaba, viajando desde el pozo con pacientes cubos y que utilizaba para su aseo diario en la azotea. En invierno se lavaba como un gato y en verano se bañaba como un pez. Muchos en la casa achacaban a tan aseada costumbre su longevidad. Ninguno lo imitó nunca.

Prosiguiendo hacia adelante pasabas a un angosto pasillo, sin techumbre, custodiado por una guardia de geranios rojos, que convertía la azotea en un laberinto de un único pasillo, que te obligaba a girar a izquierdas. Y al girar, te encontrabas con el más increíble tesoro que un niño puede soñar: una inmensa pajarera, llena de las más prodigiosas aves voladoras; desde verdones a canarios pasando por coloridos jilgueros que terminaban

mezclándose en un maravilloso mestizaje amparado solamente por unas leyes evolutivas ajenas a cualquier otra naturaleza que no fuera las que imperaban en aquella única y mágica azotea.

El día más maravilloso de mi vida se producía cuando por motivos de espacio había que soltar al aire a aquellos pájaros que unos dedos libertarios habían elegido para que dejaran su sitio a los nuevos mestizos que con distintos colores y con otra vida empezaban a volar en la pajarera.

Yo me imaginaba al verdón que acababa de soltar volando hasta la inconmensurable Amazonia para perderse camuflado entre el verde de la selva; y con ojos curiosos cantar a un nuevo cielo y a un nuevo Dios. Ninguno de ellos volvió nunca prefirieron la libertad y el peligro a volver a la pajarera donde les esperaba con seguridad el agua y la comida. Me imagino ese primer momento que respiraban el aire que no era filtrado ni por las rejas, ni por las mallas ni por los barrotes; el aire puro de la libertad.

Y todo era por una cuestión de sitio, de espacio. Unos quedaban libres para que otros vivieran. Años después, leyendo a Canetti, descubrí que nos pasamos la vida haciendo sitio:

En las mejores épocas de mi vida pienso siempre que estoy haciendo sitio, haciendo más sitio en mí; ahí quito nieve con la pala, allí levanto un trozo de cielo que se había hundido en ella; hay lagos que sobran, dejo salir el agua - los peces los salvo -; bosques que han crecido ahí, suelto en ellos manadas de monos nuevos; todo está en pleno movimiento, lo único que falta siempre es sitio; jamás pregunto para qué; jamás siento para qué; lo único que tengo que hacer es volver a hacer sitio una y otra vez, más sitio; y mientras pueda hacer esto merezco vivir.

En aquella azotea aprendí que la libertad te la entregaba la necesidad de hacer sitio, y me queda la duda de que la muerte no sea más que eso, una necesidad de hacer sitio; y ese día nos soltarán al aire, por fin, libres.

Capítulo 9

6 de octubre de 1977

Hoy ha sido un día importante para mí. He conocido a Vicente Aleixandre.

Si yo fuese un niño,
si yo fuese un niño, redondo, quieto y sumergido.
Sumergido, no; sacado a la luz, estallado hacia fuera, exhibido en esa otra Creación donde un niño es un niño en su reino.

Si yo fuese niño, conocería, de nuevo, a Vicente Aleixandre. Don Ramón Asquerino nos lo presentó en la clase de Literatura cuando empezaban a caer las hojas de las moreras y los gusanos de seda de la siguiente primavera dormían en sus oscuros huevos en una caja de zapatos en el desván de la casa de mi abuela:

"Hoy le han dado el Premio Nobel a Vicente Aleixandre".

Todos reímos. Con la risa del dudoso entendimiento: "¿Qué es el Premio Nobel? ¿Vicente Aleixandre? ¿Dónde nació?"

"¿Qué importa si nació en Sevilla o en Moguer!?", contestó don Ramón, "la patria de un escritor es el lenguaje, el significante, el significado, la palabra".

Nos burlamos, como puede burlarse un niño de 12 años de los signos ininteligibles y de las formas sin sentido. Quién podía saber que ese hombre, que don Ramón acababa de presentarnos, había llegado más lejos que nadie en su juego con la palabra.

Don Ramón, al igual que decía cuando entrábamos alborotados en la clase, tan solo *murmuró* en voz alta: "Son como pequeñas bestias".

Reímos sin saber que algún día llegaría *el conocimiento, y allá dentro en el nudo del hombre, si todavía existe un centro que tiene nombre y que yo no quiero mencionar;* puedes sonreír de buena gana.

Si yo fuera un niño, recordaría el tiempo en que yo era como una pequeña bestia; cuando era, como Hemingway en París, muy pobre y muy feliz.

Me gustaría volver a aquella clase, después de haber pasado muchas tarde en la calle Velintonia, y le diría a don Ramón: *«Amigo...: todo está consumado.»*

Capítulo 10

18 de enero 2014

La gente que me conoce me pregunta siempre por qué he tardado tanto en enseñar lo que escribía. A algunos incluso les ha asombrado el hecho de que yo pudiera dedicarme a los versos y a los relatos: "No te pega nada"

Los papeles emborronados, el folio en blanco con unos trazos de historias y de vidas, un diario quemado debido a que andaban registrados demasiados nombres propios y pocos comunes, versos poco cualificados para ver la luz...; todos han vivido, algunos casi cuarenta años, escondidos en un cajón. Yo he sido durante tanto tiempo su único lector, mi único lector.

Yo nunca hubiera dado a leer a nadie una sóla página de esa *Literatura Escondida* si no me hubiera emponzoñado, con la vileza de un mal padre, en la única obra que durante más de treinta años anduve escribiendo; y que yo había condenado desde el primer día a las sombras, en primer lugar, porque sólo escribía para mí sin pensar en absoluto en algún posible lector; y en segundo lugar, porque me sentía más cerca de ser un fraude que de poder mostrar alguna frase que mereciera la pena ser vista. En la Literatura no es difícil ser un timo y tener éxito. Ésa es su principal debilidad. A lo mejor yo tenía que haber seguido sin enseñar nada a nadie y con mis escritos viviendo en la oscuridad.

Por supuesto que seguiría escribiendo, porque esa *Literatura Escondida* me apagaba, con la serenidad de un solitario eremita, la sonora adicción a los libros que tuve desde que tengo uso de razón. La culpabilidad de esa adicción yo la achaco a mi abuela Magdalena por su afición a inventar cuentos mágicos e historias, a los tres tomos de la *Historia de la Literatura* de Martín de Riquer y de José María Valverde que mis padres colocaron en la más visible estantería de la biblioteca del salón de casa y a don Ramón Asquerino, un profesor cuyo temario consistía en que amáramos los libros.

Ahora que estoy con este Diario, reconozco que mi país es la infancia, que no existe otro, y al que siempre vuelvo. Y todo cuanto he podido escribir, bueno o malo, fraude o verdad, tiene su origen en la memoria de aquella infancia, llena de besos, juegos, palabras, viajes, cuentos e historias que me acercaron aquellos hombres y mujeres que el puro azar de mi nacimiento en La Otra Banda de la Argónida pusieron en mi camino.

El país de la infancia es el único que existe; todo lo demás es deconstruirla para llegar al final de nuestros días buscándola. Estas disquisiciones las leí en algún lado pero no recuerdo dónde. Su autor

sabrá perdonarme. Aunque creo que fue José Emilio Pacheco, cuya patria era Cervantes, y con quien yo cometí alta traición:

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
    es inasible.
Pero (aunque suene mal)
    daría la vida
por diez lugares suyos,
    cierta gente,
puertos, bosques de pinos,
    fortalezas,
una ciudad deshecha,
    gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
    montañas
-y tres o cuatro ríos.

Capítulo 11

12 de abril de 1992

No recuerdo un día de mi vida en que no estuviese enamorado.

Siempre he creído que uno aprende a leer y a enamorarse a la vez, y que la palabra navega por el corazón junto a las hormigas, exclusivamente, para dar forma a los más escondidos sentimientos; y es por eso que la poesía y la música es la ciudad fortificada sobre cuyas seguras murallas empezamos a caminar con el corazón en la mano.

Cuando aún no conocía a Garcilaso ni sus amores perdidos por doña Isabel de Freyre en Portugal, siendo yo un niño de pantalón corto, lo imité soñando con María, la portuguesa. En los juegos que protagonizan los niños bebí de su respiración, toqué sus manos, rodamos por el césped de la casa donde vivía en un juego de fuerza donde nunca salí triunfante y curábamos las heridas de nuestras rodillas con esa saliva salvadora que perdona cualquier caída. Una tarde, toda la familia se marchó buscando otros destinos, y María, la portuguesa, quedó como un recuerdo. *Escrito está en mi alma vuestro gesto, y cuanto yo escribir de vos deseo, vos sola lo escribísteis, yo lo leo tan solo, que aun de vos me guardo en esto.*

Seguí creciendo, siempre enamorado; y, de adolescente, fijé mis ojos en Encarnación, la única mujer cuya belleza se hizo carne para pasión ingrata de la mía. Si el corazón no es carne como lo demuestra el amor, sí lo es la belleza que, bien pintada de formas y contenido, es capaz de embaucar los cinco sentidos de una persona. Así era Encarnación. Nunca dejó caer sobre mí una mirada, pero yo la soñé con los nombres de Laureola, Beatriz, Heloísa, Altisidora o Laura o Lope; y durante un tiempo hasta que marchó a Italia no imaginé un sueño sin ella: cuando estuve a punto de ser futbolista profesional, cuando aquellos versos que escribí podían competir con los de Claudio Rodríguez, cuando anduve por puertos y muelles llenos de oportunidades y peligros, cuando fui soldado en un país extraño; allí estaba ella siempre acompañada de Platón; siempre cerca, pero siempre lejos. *Esto lo sabe el mundo, pero lo que nadie sabe, es librarse de este cielo que en un infierno cabe*.

Cuando las tierras italianas me libraron del infierno del amor no correspondido que en poco cielo cabe, me llegó la misma cara de la moneda con Isabel, la bella *Isabel Guzmán*, que yo pinté con los colores que deforman la conciencia, la memoria y el tiempo en la novela *La Máquina del Mundo* que es, como nadie ignora, demasiado compleja para el entendimiento de un solo hombre. Isabel estaba trocada con los mismos elementos renacentistas que Encarnación; ojos azules, pelo rubio, dientes como el marfil y una sonrisa que lo devoraba todo, incluso a mí. Y entonces entendí por qué el Renacimiento fue más destructor, tanto del

pasado como del futuro, que creador. Tampoco recibí una mirada suya y terminé ciego, deseando que me llegara algún tipo de condena *por seguir cegueras sin mancilla por lo que tanta bruma nos separa y hace del resplandor su maravilla;* y esperando que el olvido, igual que antes había hecho su trabajo en Italia y en Portugal, lo hiciera ahora en tierras de Andalucía.

Regina era una mujer casada, como todo el mundo sabe, y también la pinté en *La Máquina del Mundo,* huyendo de Sanlúcar con Isabel, juntas y enamoradas, con la seguridad de que nunca ninguna de ellas pondría sus ojos en mí. *Pero tenía marido,* y una enfermedad incurable.

Como ya nadie ignora, siempre he estado enamorado, yo creo que desde que aprendí a leer; y a menudo a causa de mi desolación permanente o, a veces, de un exceso de sensibilidad enquistado y guardado sólo para mí, necesité ser salvado por labios vencedores, sonrisas diáfanas, supuración del amor vano o por la caridad de otra piel que fue poco recompensada por mí. Esos labios me enseñaron, con Lorca, a *pasar la mano sobre* su *blancura y verás qué nevada melodía esparce en copos sobre* su *hermosura.*

Miro hacia atrás, quitándome años, y recuerdo los besos que recibí acaso sin merecerlos: los de una mujer con nombre de Zarina, Grande de Rusia, que decidió darme un beso a las puertas del Guadalquivir; los del perfume de las Rosas en un amor fieramente no correspondido; los de una ninfa recién salida del río y que volvió a él susurrando mi alegría a las Nereidas; y recuerdo aquellos fríos besos bajo las más impresionantes murallas del mundo que socorrieron mi destino. En todos esos besos estuve equivocado. Aunque como Luis Rosales debo decir que *no me he equivocado en nada, salvo en lo que más quería.*

Como seguía siempre enamorado en una falla continua de sentimientos, llenos de absurdos desencuentros y errores de cálculo irreflexivos, decidí volver a andar sin voz en el amor, como cuando era un niño y buscaba la respiración de otra niña, de María, la portuguesa. Pero eso, cuando el tiempo construye corazones es imposible; así que, sin buscarla ni desearla, cuando ya había tirado a la orilla del Guadalquivir los volúmenes de Pedro Salinas, apareció ella: Dima, de *entre la tiniebla densa el mundo era negro: nada. Cuando de un brusco tirón, □forma recta, curva forma□ le saca a vivir la llama.* Fue capaz de todo eso.

Algún otro día seguiré hablando de ella, de Dima.

Capítulo 12

23 de octubre de 1970

La primera gran biblioteca que yo vi fue la de mi tío abuelo Antonio Pareja. El tato Onio vivía en casa de su padre, mi bisabuelo, práctico mayor de la Barra del río; y que yo supiera no tuvo más trabajo que unos días en el faro de Chipiona, de donde volvió con esa enfermedad desconocida que agarran quienes, como las sirenas, guían a los barcos, alejándolos o arrastrándolos, hacia las rocas.

Mi abuela Magdalena decía que nunca estuvo bien de la cabeza, y ese fue el motivo por el que anduvo setenta años por la casa, dueño de una habitación, una cama, un armario de caoba con espejo, una palangana para lavarse, un váter y una silla de esparto; en la que leía su fabulosa biblioteca.

Yo en aquel momento sólo era dueño de una cartilla de lectura, con el dibujo de un niño sentado junto a un pupitre y las cinco vocales rondando su cabeza. Pero él, bajo la cama tenía, al menos. cien o más libros con las portadas llenas de pistoleros, indios, soldados con sables y revólveres y salones en los que siempre había alguna refriega entre gente brava.

Cuando yo todavía no sabía leer, y sabía que él andaba rezando latines en la iglesia de la Capillita entraba en su prohibida biblioteca y me quedaba, con cara de soñador, evocando las portadas mágicas que la habitaban: *Winchester 73, Silver Kane, Jefe de Caravanas...*

Para mí, tener acceso a ese prohibido lugar, era mi victoria; y cuando él, cada tarde, sacaba su silla de esparto a la antesala y se sentaba rodeado de macetas de pilistra a leer a Marcial Lafuente Estefanía; yo, al volver del colegio, sólo traía la inquietud de comprobar si reconocía al pistolero que desenfundaba en la portada del libro y que en ese momento mi tío abuelo Antonio estaba leyendo.

Sólo yo sabía que días antes, como un vulgar curioso, lo había sacado a la luz sin que él lo supiera de debajo de su cama.

Cada tarde cuando entraba por el zaguán y lo veía al fondo, enseguida le pedía que me contara de qué trataba la novela y cómo se titulaba. Y él me respondía con esa superioridad que establece la gruesa línea de la lectura, sabiendo que yo todavía no leía:

Esta novela se llama Jefe de Caravana. Steve y Leo Burton se preparan para ir desde Nueva Orleans hasta Virginia City en Montana. Recorrerán el Misissipi y el Missouri en un barco de mercancias y Leo se enamorará de Maisy, una chica de salón a la que salva. Llegarán hasta Fort Pierre donde

saldrán en caravana hasta Virginia, trotando por una región infectada de sioux.

Para mí era suficiente. Esa misma tarde, cuando él se fuera a misa de ocho a la Capillita, yo entraría en su habitación; y como esa novela, de la que me había hablado, era la que debía estar encima de todas en el montón debajo de su cama, la cogería y viendo en la portada a un vaquero con sombrero detrás de una roca, con un winchester en la mano y protegiendo a una mujer, sabría que él es Leo Burton y que ella es la señorita Daisy que se disponen entre mil peligros a llegar a Virginia.

Yo siempre pensé que Virginia, Montana, Missouri y el Misissipi quedaban ahí al lado, justo debajo de la cama de mi tío abuelo, donde habitó una vez la mayor biblioteca que hasta entonces yo había conocido, aunque todos sus libros fueran del mismo autor: Marcial Lafuente Estefanía.

Capítulo 13

29 de enero de 1978

No hay tiempo pasado que no esté en manos del futuro que es quien domina la memoria. De mi primera memoria literaria me quedan los fragmentos de los textos que leí en mis primeros años de estudio y que, al albur de la selección de algún gurú académico o literario, venían recogidos en los libros de la Editorial Santillana que estudiábamos en El Picacho; los *Senda* de lectura.

Yo jamás había leído un libro completo; pues, a diferencia de Borges, la biblioteca de mi padre no tenía puertas que pudieran abrirse; así que viví con migajas de Cela, del Poema del Mío Cid, de Pedro Antonio de Alarcón, de Pío Baroja, de don Miguel de Unamuno, del Conde Lucanor, de Valle Inclán, de algún poema extraviado de Lorca y Alberti y de todos aquellos textos que componían el compendio de *Senda*. Puras migajas, sin principio ni final, sin inicio, ni nudo y desenlace que, entonces, para mí eran oro. Oro pasado por el tamiz mágico de mi profesor de Literatura don Ramón Asquerino que, como los buenos profesores desdeñaba los fríos libros académicos y nos volteaba por la *Literatura* de verdad.

Pero ese 29 de enero de 1978 terminé de leer por primera vez un libro completo, *Los Hijos del Capitán Grant* de la editorial Círculo de Lectores impreso en el año 1975. Por primera vez, leí una novela completa y entendí que los fragmentos, que hasta entonces había leído, necesitaban de algo más que de la buena escritura para conformar un libro.

Todavía ese libro está en casa de mi padre; y en el fondo de la mar o en unas manos desconocidas debe de andar una botella con un mensaje dentro que lancé esa tarde después de terminar el libro.

Dentro de la botella, verde como la mar, deposité un mensaje en el que escribí las únicas palabras del capitán Harry Grant que podían descifrarse en el tercer manuscrito que apareció dentro de una botella en el estómago de un tiburón:

troj ats

tannia

gonie

austriel abor contin

pr

cruel indi

jete *ongit*

et 37º 11 lat.

Siempre pensé que quien encontrara esa botella, aunque no fuera dueño del *Duncan*, ni se llamara Lord Glenarvan, adivinaría que el capitán del *Britannia* estaba en apuros y comenzaría un viaje hasta encontrar los 37º 11 de latitud. Yo lo hubiera hecho.

Mi padre y ese libro fueron los causantes de que desde niño yo quisiera estudiar Naútica y ser marino mercante para recorrer mil mares y escribir sobre ellos. Pero el pasado siempre es escrito por el futuro, y los dioses del futuro escogieron para mí otros caminos más polvorientos, pero igual de mágicos.

De todas formas, yo, todos los días que estoy en Sanlúcar, acudo a la playa de La Jara por si encuentro un mensaje dentro de una botella que me inste a buscar los 37º 11 de latitud.

Capítulo 14

17 de julio de 1992

Yo me he criado con muchos gatos. No digo uno ni dos, sino muchos; incluso los perros que teníamos, que eran siete, terminaban comportándose como gatos, aprendiendo a saltar muros imposibles, a dormir en los árboles o a entrar en la casa por las ventanas; sabiendo que las puertas, siempre cerradas y necesitadas de llave, no viven al albur de las corrientes como las ventanas.

No había nada ni nadie en casa que no estuviera influenciado por esos gatos que, sin necesidad de viaje alguno, traían consigo toda la sabiduría de Egipto y de Roma. Dormir con las ventanas abiertas significaba dormir con gatos, que como efigies se colocaban sobre la cama y la almohada, velando tu sueño en la casa de La Jara; ***los gatos que,*** dice otro Lima, ***utilizaban la palabra que según los egipcios unía todas las cosas como una metáfora inmutable, que te hablaban al oído***; esos gatos que dormían después de ti y se despertaban mucho antes para disfrutar de la noche y de los amaneceres.

Los gatos han nacido para la poesía y la filosofía, porque nadie ignora, como Borges, que ***no son más silenciosos los espejos ni más furtiva el alba aventurera***. Los gatos odian a los piratas, que se hacen acompañar de loros que aumentan su autoestima, baldada por las tormentas; también odian a los nobles guerreros, que sólo buscan la fidelidad extrema o la belleza insufrible, por eso sólo se hacen acompañar de grandes perros sueltos o hermosas fieras encadenadas.

A quienes aman de verdad los gatos, ***fantasmas elásticos de Baudelaire***, es a los filósofos y a los poetas, ***esos gatos en los tejados que van remendando los desconchados***. No voy a negar que he pasado algunas horas de la noche, de vuelta de una salida nocturna con algún beso y alguna copa de más, en el tejado de mi casa rodeado de gatos mirando todos a la luna y esperando que llovieran ratones. Nunca sucedió. A los ratones siempre los cazamos en la tierra y en el monte; pero aprendimos a amar la tranquilidad de la noche, a escuchar la voz del viento y a leer a María Zambrano, la mujer que amaba a los gatos; porque yo, a través de los gatos, llegué al *Hombre y lo Divino atravesando los Claros del Bosque.*

Han pasado muchos años, pero hoy en día en aquella casa de La Jara deben de vivir, al menos, treinta gatos con toda su sabiduría del Egipto.

Capítulo 15

19 de marzo 2017

El Otro, un sueño que me trajo Borges.

Nunca he estado en Ginebra a orillas del Ródano, donde ocurren los más mágicos encuentros según me contó un viejo escritor argentino; pero sí puedo decir que nací y me crié junto a las marismas de otro río extraordinario que provoca, no menos prodigiosas citas que pueden desencajar a sus protagonistas tanto en el tiempo como en el espacio. ***Inevitablemente, el río hizo que yo pensara en el tiempo. La milenaria imagen de Heráclito. Yo había dormido bien.***

Esta historia ocurrió, no hace mucho, en un mes de marzo. Siempre que viajo para pasar unos días a La Otra Banda de la Argónida, cada mañana, a primera hora, salgo a la playa con la excusa de pasear o de salir a correr; pero no es ése mi verdadero propósito, sino encontrarme con mi pasado, que fluye lento como las aguas del río que abren la desembocadura con el ritmo de las mareas y de los vientos.

Yo estaba sentado en el pretil del paseo marítimo, el día era claro y las brisas, suaves como las plumas de esas aves que los atardeceres cruzan el río buscando la seguridad de las marismas y la riqueza de su fango. ***Sentí de golpe la impresión (que según los psicólogos corresponde a los estados de fatiga) de haber vivido ya aquel momento***. En la orilla un joven de unos dieciséis años anda jugando con un balón de fútbol. Lo he reconocido al instante, sé que cada tarde, que no tiene entrenamiento con el Rayo y hasta que la luz se va, aprovecha para hacer regates a las piedras y a las conchas, y lanzar balones al aire para aprender a pararlos cuando regresan de su viaje a la luna. Él también, si se fija en mí, pensará que ***lo raro es que nos parecemos, aunque usted es mucho mayor que yo. Yo hubiera preferido estar solo. pero no quise levantarme en seguida, para no mostrarme incivil***; y que él se diera cuenta de que yo pudiera sentirme incómodo con su presencia.

Ni se imagina que yo sé que el balón que está pateando se lo ha comprado a su amigo Juan Ramón, a quien jamás le gustó aquello del fútbol, y que nunca terminará de pagárselo. Tampoco se imagina que sé que anda tras una muchacha rubia con pinta de nibelunga, que está en su mismo curso, y que nunca será suya, aunque haya prometido llevarla a la posada de Thorgate, que queda río abajo a unas millas. Con el tiempo este desenlace, que en unos meses le será tan triste, le parecerá ameno.

Hace unos días cayó en sus manos, por primera vez, un libro de Borges, y ya ha leído el cuento ***El Otro***; así que sabe que cualquier día, podemos

cruzarnos por la playa.

El año que viene se decidirá a coleccionar su propia biblioteca, ya ha anotado los libros que tenía el joven Borges en su casa del número diecisiete de Malagnou, frente a la iglesia rusa: ***Los tres volúmenes de Las mil y una noches de Lane, con grabados en acero y notas en cuerpo menor entre capítulo y capítulo, el Diccionario Latino de Quicherat, la Germania de Tácito en latín y en la versión de Gordon, un Don Quijote de la casa Garnier, las Tablas de sangre de Rivera Indarte, con la dedicatoria del autor, el Sartor Resartus de Carlyle, una biografía de Amiel y, escondido detrás de los demás, un libro en rústica sobre las costumbres sexuales de los pueblos balcánicos.*** Él se conformará con el Absalon de Faulkner en pasta dura, las memorias de Neruda, El Libro de la Arena de Borges, El Viejo y el Mar de Hemingway, un Don Quijote en edición de José María Valverde, El Banquete de Platón y unas obras que ha llevado a su cuarto desde las estanterías del salón para hacerlas suyas con el simple derecho que da el continuo uso.

No quiero acercarme a él porque posiblemente me pregunte por su futuro, y no me creo con derecho a arrebatarle a sus dieciséis años la capacidad de dudar, de tomar decisiones, de acertar o de equivocarse. Además, temo que pudiera ensarzarse conmigo en mil reproches acerca de quién soy o de quién pude ser, porque he de decir que no todo lo hice bien; aunque en mi descargo también puedo argumentar que él en sus dieciséis años de vida tampoco ha sido un dechado de virtudes.

Él no sabe todavía que vivirá en muchas ciudades; que viajará a lugares a veces muy complicados, vestido de soldado, cosa que ni se imagina porque él quiere ser, mientras patea un balón en la playa, como su padre o como Joseph Conrad; seguro que también asentiría si le comento que rezará a un único Dios en catedrales católicas, en mezquitas, iglesias ortodoxas y maronitas y en algún valle recorrido por un río tan mágico como el que ahora tiene enfrente y que dio de beber agua de vida a Jesucristo. Me gustaría decirle que cuando tenga cincuenta años todavía se acordará del nombre de su primer perro, ese que lo está esperando en casa y que se lo matará dentro de unos meses un malnacido.

Me hubiera gustado poder advertirle que su padre y su madre pasarán por esas experiencias que acercan a las personas a la muerte durante cierto trecho, pero que no se preocupe porque los dos lo superarán; y me hubiera gustado contarle también que sus hermanas siguen siendo mejor que él en todo, cosa que le alegrará sobremanera cuando cumpla los cincuenta.

Mientras toca la pelota él solo ahí abajo junto a las olas, pienso en que todavía no sabe quién será la mujer de su vida, ni que tendrá un hijo nacido en un lugar mágico donde se cruzan tres hermosos ríos con sus

tres valles, ni que seguirá teniendo un perro y que treinta y siete años más tarde un hombre que se parece mucho a él lo estará observando mientras juega al fútbol en la playa.

Noté que apenas me prestaba atención. El miedo elemental de lo imposible y sin embargo cierto lo amilanaba. Sentí por ese pobre muchacho, más íntimo que un hijo de mi carne, una oleada de amor.

De pronto, vi que el balón con el que jugaba llegaba hasta mí, y se lo devolví también con la pierna izquierda.

Capítulo 16

27 de octubre de 1990

You told me again you preferred handsome men
but for me you would make an exception.

Volviste a decirme que preferías hombres guapos,
pero que conmigo harías una excepción.

Hay veces que creo, con algo de escepticismo porque también ordenan el mundo las circunstancias, que todas las personas vivimos las mismas experiencias, atravesamos por las mismas emociones y nos enfrentamos a parecidas peripecias. Voy a contar el día que quise ser Leonard Cohen.

Te recuerdo bien en el Chelsea Hotel. I remember you well in the Chelsea Hotel.

Hará unos mil años, cuando yo era un joven que empezaba a trabajar, pongamos que tenía 25 años, me enviaron a Canarias. Me alojé en un hotel en Santa Cruz de Tenerife, cerca del puerto y de la Plaza de España. Solía volver del trabajo sobre las seis o las siete de la tarde, con el tiempo justo para cambiarme y dar un paseo, embocando la Avenida Marítima hasta el puerto; y allí me pasaba un par de horas oliendo a muelle y recordando otros momentos parecidos, donde siendo niño el olor a gasoil de los barcos impregnaba mi existencia. Esas cosas, entre otras, trae tener un padre marino mercante. A veces, me acompañaba Joseph Conrad, mientras me sentaba en un noray, al que me ataba sin maroma, a ver maniobras de atraque o desatraque o a los pescadores que fondeaban el plomo junto a la pared del muelle o a las señales de estiba.

Y tras esta peripecia marina, regresaba cada noche al hotel ***para volver la espalda a la multitud, you just turned your back on the crowd***. Cenaba algo rápido y subía a la habitación a descansar.

Cierta noche justo cuando las farolas de la calle recibieron la eléctrica orden de encendido, llamaron a mi puerta con dos toques suaves que figuraban unos finos nudillos. En un primer momento decidí no abrir la puerta, pues una visita yo no podría tener allí más que por equivocación. Pero aquellos sonoros y suaves nudillos repitieron los dos pequeños golpes y no me quedó más remedio que abrir la puerta de la habitación. Al abrirla, una joven rubia, llena de pecas, ojos azules y muy bella se apareció ante mí, hablando un auténtico inglés de Inglaterra.

Efectivamente había llegado hasta mi puerta por equivocación. "Sorry, I´m looking for Chris", dijo sorprendida al verme. En ese momento supuse que aquel hotel canario se había transfigurado en el Chelsea Hotel y no

tuve más remedio que decirle: "Little lady, you´re in luck, I´m Kris Kristofferson".

Nuestra conversación no fue más allá de unas entrecortadas palabras de cortesía. Me pidió perdón por haberme molestado, y por su error, y continuó andando dándome la espalda, por el pasillo de la segunda planta buscando la habitación de Chris.

Es evidente que esta chica no es Janis Joplin. Ni éste es el Chelsea Hotel". No importa, me dije, ***no somos guapos, pero nos queda la música. Well never mind, we are ugly but we have the music.***

Si ella hubiese sido Janis Joplin y aquel hotel canario el Chelsea, sin duda, se hubiera quedado conmigo. También es verdad que yo no era Leonard Cohen. Así que, como aquella no era forma de ir a dormir, decidí cambiarme de ropa y acercarme a tomar una copa a un bar cercano a la bocana del puerto, donde ponían buena música.

And that´s was the reason and that was New York. Y ésa fue la razón, por la que un día quise ser Leonard Cohen, haciéndome pasar por Kris Kristofferson, pero la bella joven que se equivocó de habitación no quiso ser Janis Joplin, y hacer conmigo una excepción, supongo que no tendría alma de artista. Ni siquiera sabía quiénes era Leonard Cohen y Janis Joplin; y, posiblemente, lo único que le quedaba era la belleza; me consolé pensando que ***yo no puedo cuidar de todos los petirrojos caídos. I don´t keep track of each fallen robin.***

Capítulo 17

10 de abril de 2017

Nada más lejano a los sentidos que la memoria, ni nada más cercano al espíritu que los recuerdos. La memoria te trae alguna voz, alguna borrosa imagen que desaparece rápido en el aire, y muchas lagunas que suelen ser confundidas con el olvido. Los recuerdos, sin embargo, tienen una forma definida que nuestra razón terminará por dominar, engañándose a sí misma para que el alma pueda sobrellevar los errores, que nos persiguen a veces con fiereza, y todo el daño ajeno o propio que hemos provocado.

Esta mañana recibí unas fotos de Bosnia, que le pedí a un amigo que anduvo conmigo aquellos años por allí, ya que estoy metido en una engorrosa faena literaria sobre aquella guerra. Venían acompañadas con unas escuetas letras que decían: Te mando las fotos de Bosnia; rebuscando he encontrado otras que son para ti.

Nada más ver la primera me he sorprendido, porque no recordaba el momento en que se tomó la fotografía. Debía ser ***cuando las rosas huían por los filos de las últimas curvas del aire***. Nada de ese tiempo conseguía venirme a la memoria; ni un pequeñísimo recuerdo. Sin embargo, puedo acotar razones y circunstancias en función de lo que veo. En ella, en una nave de literas estamos Jose Arcadio, pocos nombres tan literarios como éste; el Trosky, que sigue siendo un hombre que ama a los perros en los libros de Padura; y yo, que sujeto con mi mano izquierda un libro de poemas de la editorial austral, y que posiblemente me acompañara en mis días por la montaña.

Ya no recordaba lo que leía en aquellos tiempos. Me ha parecido una foto muy literaria porque me escoltan esos nombres de libro y yo, que para no desentonar, llevo uno en las manos. La fotografía debió tomarse hace treinta y un años por los uniformes que vestimos; y el lugar debe de ser Candanchú en el Pirineo aragonés donde andábamos realizando unas prácticas en montaña.

He intentado adivinar qué libro era el que me acompañaba en aquel momento y me he acercado a mi pequeña biblioteca buscando volúmenes de aquellos tiempos; y he encontrado dos, uno de los cuales puede ser el que sostengo en la mano izquierda.

Aquel año, 1986, aparte de bucear medio asfixiado en el álgebra, de la que sólo me atraía su pasado árabe, el cálculo, alejado de mí en los volúmenes y en las formas, la física, que me atraía porque me acercaba a la concepción del mundo, la electrónica, que nunca entendí, la informática que andaba brotando de la nada, o los motores, tan alejados de la

sonoridad de los versos, sé que lo dediqué a leer a los poetas de la generación del 27.

Tuve la suerte de que en la biblioteca que había en la Academia de Zaragoza, donde se daba un continuo intercambio de volúmenes con aires de trapicheo, y que estaba muy cerquita de mi camareta, tenían prácticamente la obra completa de casi todos ellos. Allí leí a Emilio Prados, a Altolaguirre, me acogí a la realidad y el deseo de Cernuda como el que se acoge a asilo en sagrado, releí el canto de siempre de Alberti, recuperé la voz, a ti debida, de Salinas y me encontré con un Miguel Hernández, cabrero, por todos los montes por los que andaba, que se juntó con los del 27 por pura cercanía de estanterías bibliófilas.

Yo había empezado, hacía mucho tiempo, como no podía ser de otra manera con Federico García Lorca, leyendo los poemas en los que ejerce de andaluz profesional, como alguna vez con retintineo lo llamó Borges.

Durante mis días de oposiciones me había aprendido casi de memoria el *Libro de Poemas*, el *Romancero Gitano* y el *Poema del Cante Jondo*. Pero ese año en la Academia, descubrí al Lorca de *Poeta en Nueva York*, del *Llanto* y del *Diván del Tamarit*; y de su teatro redondo como sortijas; y abandoné, no sin desconsuelo, al andaluz profesional, para embarcarme en esa generación del 27 que sin abandonar la tradición, volteaba la poesía y sus formas para entregarnos ese otro don sin el cual no se entendería toda la obra poética del siglo XX. Una pena que yo llegara tarde a la celebración del centenario de Góngora en el Alfonso XIII.

Aquel tiempo fue el tiempo de mi gran enemistad con los Rosales; pero yo estaba muy equivocado y me sacó de mi error el enorme poeta que fue Félix Grande. ¿Sabes, Luis, que murió hace tiempo Ramón Ruiz Alonso?; y Luis Rosales le contesta: "Pobrecito".

Ramón Ruiz Alonso, Juan Trescastro y Federico Martín Lagos y, aparte, ese Juan Valdés Guzmán se dirigen a casa de los Rosales en Granada, a la casa encendida, donde puedo decir que no nos equivocamos en nada salvo en lo que más quería; sacan de ella al poeta y lo que ocurre luego es una historia conocida. Asesinado por el cielo, entre las formas que van hacia la sierpe y las formas que buscan el cristal.

Años después, los libros de ese poeta los encuentra un cadete en la biblioteca de la Academia donde estudia y se hace una foto con uno de ellos durante unas prácticas en montaña.

Una foto que no recuerda que se hizo y que le envía, pasados mil años, un amigo, de esos que son para siempre, aunque nunca se vean; y treinta y un años más tarde, mira esa fotografía con agrado y se inventa todo

cuanto sentía en ese momento.

Busca otras fotos de entonces y sigue inventando su pasado: ¡Qué raro que yo me llame Federico!; aunque aquello fue en un tiempo en que como Hemingway éramos muy jóvenes, muy pobres y muy felices.

Capítulo 18

JUDAS, ENTRE BORGES, AMOS OZ Y LA BELLA JERUSALEM

Ser lector confeso de Niels Runeberg no podía depararme más que desasosiegos y algún que otro encontronazo con los discípulos de Irineo de Lyon, valedor de la uniformidad del cristianismo, o con los partidarios de Basílides de Alejandría y de Carpócrates que creyeron en la transmigración del alma desde el hombre al animal a través del pecado.

Ser Cristo o ser Judas, no hay más alternativa para un Dios; no hay más supremo sacrificio. Runenberg lo vio claro, a la tercera tentativa, antes de que se lo llevara un aneurisma mal cerrado: ***Para salvarnos, pudo elegir cualquiera de los destinos que traman la perpleja red de la historia; pudo ser Alejandro o Pitágoras o Rurik o Jesús; eligió un ínfimo destino: fue Judas***.

No hay personaje con más aristas en la historia del ser humano, de tan vasta complejidad e infinitos matices. Un personaje soñado por el escritor más omnisciente posible: Dios; que probablemente no necesitara para redimirnos de la delación, ni de ser señalado con un beso, ni del empujón definitivo hacia el Gólgota de su apóstol más querido, el Judas, el hombre maldito.

Sigo al Cristo, y a Judas, desde siempre. Incluso cuando alguna vez los he abandonado, los he seguido. ***¿Pero cómo que abandonas? ¡Jesús en una perspectiva judía! ¡Seguro que se abrirá ante nuestros ojos un terreno fértil nunca visto! ¡En el Talmud! ¡En la Josefta!¡En el Midrash! ¡En la tradición popular! ¡En la Edad Media!*** Lo perseguí sin saberlo por el río Hasbani hasta el valle de Jule, soñando con ver una Jerusalén liberada de odios. Por eso, no podía dejar pasar la oportunidad de descubrir la casa de Joaquín Abravanel, en el callejón Rabbi Elbaz, Dios le dé fuerzas para decir que el Señor es justo.

Abravanel fue el hombre que se opuso a Ben Gurión, tal vez no sabía o se inclinó hacia la segura derrota, que ante cualquier situación de violencia o crisis siempre, desde el inicio de los tiempos, es provocada una fuerza centrífuga que empuja a todas las sociedades, individuo a individuo, a los más feroces de los extremos que siempre se simplifican en dos, a cual más violento.

Shaltiel Abravaniel no dudó en decir entonces que ***el camino que habían elegido el camarada Ben Gurión y otros tantos conducía sin remedio a una guerra sangrienta entre los dos pueblos, aunque siempre creyó que todavía existía un resquicio para lograr un compromiso histórico.*** Debido a eso, fue apartado del Consejo y del poder por los halcones; si en esas crisis no te deslizas a uno de los

extremos, a una de las alternativas enfrentadas, estás muerto civil y políticamente; por eso, es raro que suenen voces disidentes buscando la paz. Shatiel creía que ***él era un sionista, de los pocos que no estaban ebrios de nacionalismo, él apostaba por un camino distinto, sabía árabe desde pequeño y le gustaba mucho rodearse de árabes en la vieja ciudad.***

Voz que se oye disidente con la guerra, voz que rápidamente es ahogada con el asesinato, la cárcel o el exilio; Isaac lo sabe; así que no hay más remedio que ir al combate, a la lucha por la pureza del estado, por la separación, por la división provocada por un nacionalismo totalmente excluyente; con estados prisioneros de sus propias alambradas y muros, entre dos sociedades incendiadas ya sea en esa frontera de fuego entre Palestina e Israel, en el muro del desierto que presagia las pesadillas del oeste o en la gran laguna estigia en que se ha convertido el mar nuestro. Así nos tratan los nacionalismos. ***Queríais un estado. Queríais independencia. Banderas, uniformes, papel moneda, tambores y trompetas. Vertisteis ríos de sangre inocente. sacrificasteis a una generación entera. Expulsasteis a cientos de miles de árabes de sus casas. enviasteis barcos llenos de inmigrantes supervivientes de Hitler directamente desde el muelle a los campos de batalla. todo para que hubiese un estado judío. Y mirad lo que recibisteis a cambio.***

Abravanel pensaba que era mejor vivir como una comunidad mixta, pensando que había suficiente espacio para las dos. O como una combinación de dos comunidades donde una no amenazaba el futuro de la otra. Quizá tuvierais razón y no era más que un ingenuo. Al parecer así les va mucho mejor a todos los reconcomidos por el odio y el veneno; ya sea en Israel, o en aquellos otros lugares donde una simple mano mortal traza una frontera.

Y yo que simplemente iba buscando a Judas, que siempre pensó que él era ese hombre indispensable para la salvación del género humano; que fortaleció el espíritu del Cristo después de verlo caminar sobre las aguas, convertir el agua en vino, curar leprosos, expulsar demonios resucitar muertos; que pronto supo que era necesaria su pasión para salvar a los hombres y a las mujeres del pecado. Es ***Por eso que se encargó de organizar la crucifixión, sin que le resultara en absoluto sencillo. Los romanos no tenían ningún interés en Jesús, aquella tierra estaba llena de lunáticos y profetas. Tuvo que convencer a la curia sacerdotal. tuvo que mover muchos hilos.*** Tuvo que aceptar él, un rico hacendado de Cariot, que le dieran treinta monedas. ¿Qué eran treinta monedas para él? Desde siempre sigo los pasos del Cristo y de Judas, viendo que en los dos está la mano de Dios.

Y yo que simplemente iba buscando a Judas, terminé por las calles de Jerusalén en casa de un descendiente de León Hebreo, conocido, en ese

medievo que no termina nunca, como Judah Abravanel, hablando de la violencia, de la guerra, de la insolidaridad, de los nacionalismos.